

Ya lo veis, queridos hermanos, la obligacion del culto se extiende en la misma proporcion que se extienden los beneficios de Dios, y con ellos el deber de devolvérselos por medio de la gratitud. Verifícase esto, primero, por el culto individual; luego, por el culto comun de los esposos; y, por último, por el culto de la familia toda entera, ó sea, el culto doméstico. Añadid, que la familia, lo mismo que la sociedad, no es únicamente la asistencia de cada uno de sus miembros por medio de un cotidiano cambio de mútuos servicios: es, además, un vínculo que sujeta á los individuos que la componen, para que formen un todo homogéneo, un cuerpo dotado de vida propia, de un pensamiento comun, de una solidaridad que á todos comprende. Es un sér moral, que tiene sus vicios y sus virtudes, sus cualidades y sus defectos, sus derechos y sus deberes, sus necesidades y sus satisfacciones; es una sociedad compendiada, que depende de Dios, tanto en su existencia colectiva, como en la distincion de sus miembros; que todo lo recibió de él, y, por consecuencia, está obligada á pedirle colectivamente todas las cosas, y á darle gracias por todas ellas.

Tal fué en otro tiempo, amados fieles, aquella vida patriarcal, de la cual nuestros Libros sagrados nos han conservado los rasgos principales, cuyas descripciones han regocijado nuestra infancia, y han transmitido con la edad dulces é imperecederos recuerdos. Vida modesta, como los deseos de los santos personajes cuyos héroes fueron; pura como su corazon; tranquila como sus gustos. Vida de paz, formada de la memoria de un pasado feliz y de la esperanza de un porvenir mejor. Vida larga, precursora de la vida eterna. Vida perfecta, porque tenia á Dios por testigo, y *discurría bajo su mirada*. Cada día, al levantarse el sol en el horizonte, cada noche, *las estrellas, presentándose á la órden de Dios*, los encontraban de rodillas, sometiendo la conservacion de su vida y el cuidado de su muerte al árbitro supremo de sus destinos. Siempre la accion de gracias acompañaba la comida, de la cual nunca era excluido el extranjero. Si alguna vez el padre, resistiendo á las súplicas de sus hijos reunidos, se apartaba de ellos, era para ofrecer á Dios, en nombre de los mismos, el sacrificio de un alma justa, que aplaca á la magestad soberana ofendida por alguno de aquellos excesos, que, á veces, se mezclan en las mismas satisfacciones y alegrías de los justos. Cada tienda tenia su altar, donde se ofrecian las primicias de los frutos, y se sacrificaban los primogénitos de su ganado; cada suceso dejaba en pos de sí un recuerdo; cada piedra, rociada con óleo y vino, sellada con la sangre de las víctimas, servia de testimonio de alguna comunicacion con Dios, de alguna embajada misteriosa, de alguna aparicion de ángeles,

de votos escuchados, ó de peticiones favorablemente despachadas. ¡Qué imaginacion no ha corrido con placer en pos de esos ancianos peregrinos, que atravesaban, bajo la mirada de Dios, la tierra de su destierro! ¡Qué inteligencia no los ha contemplado en los transparentes horizontes de la Caldea, en donde sus ojos buscaban en los astros un guia seguro que dirigiese sus pasos; y bajo cuyo cielo, su fe, tan viva, saludaba el astro que se les habia prometido, y que era la luz de su vida, la antorcha de su esperanza, el sol de su alma y de su corazon! ¡Qué nombres tan gloriosos los de Abraham, de Isaac y de Jacob, de Sara y de Raquel, de José y de Benjamin! ¡Qué ojos los han leído nunca sin derramar lágrimas, qué lábios los han pronunciado sin emocion, qué oidos los han escuchado sin complacencia, qué inteligencia se ha ocupado de ellos sin amarlos!

Siendo el culto doméstico la expresion exacta y necesaria de la dependencia de la familia, y un reconocimiento del derecho imprescriptible que Dios tiene sobre ella; no extrañareis, hermanos míos, que el demonio, solícito siempre de rivalizar con Dios, y de contrahacer sus obras, haya hecho poderosos esfuerzos para utilizarse de los homenajes, que solo á Dios deben tributarse. Estaba reservado á nuestro siglo, el negar la necesidad de servirse de la creacion para gloria de su autor: en ninguna época el linaje humano habia pecado por falta ó desprecio de hábitos religiosos, sino más bien por haber exagerado ó dirigido con perversa intencion un sentimiento, que si en la aplicacion se habia extraviado, era sin duda verdadero en su principio. Cuando el conocimiento que se tenia de Dios comenzó á debilitarse, y acabó por osecurecerse enteramente, no se les ocurrió nunca á los hombres, que podian pasarse sin él; muy al contrario; fué tal el hambre que tuvieron de la divinidad, que todo fué Dios para ellos, ménos el Dios verdadero. Entónces la corrupcion penetró en el culto doméstico, como penetró en todo. Olvidados del Dios, que habian adorado sus mayores, que habia conversado con nuestros primeros padres en el Eden, al cual Abel habia ofrecido sacrificios, y Enos adoracion pública; del Dios en cuya presencia habia marchado Enoch con sencillez y rectitud; y que habia salvado de las aguas del diluvio y colmado de bendiciones á Noé; los hombres se formaron tantas divinidades, cuantos eran los protectores de que ellos y sus hijos creian tener necesidad en todas las circunstancias de su vida, en tiempo de salud, de enfermedad, y en peligro de muerte; é indispensables, además, para la conservacion de sus casas, de sus plantas, de sus ganados, de sus frutos, de sus fuentes y de su menaje.

2. Estaba reservado á Jesucristo, por quien todas las cosas fueron hechas, el destruir la obra del demonio, restaurando el culto del verdadero Dios en nuestros corazones, en nuestras casas, en la sociedad, en las naciones, y en el universo entero. Destruyó, pues, desde el principio, esta opinion insensata, difundida por el demonio, de que un solo Dios no bastaba á la conservacion de la criatura; derribó, desde sus primeros pasos, ese error impío, derrocó á su enemigo con una palabra tomada de las sagradas Escrituras: *Adorarás á Dios, señor tuyo, y no servirás sino á él solo.* Empero, al mismo tiempo, para llenar en la confianza del hombre el vacío, que la ruina de tantas falsas divinidades habia dejado en su corazon, nos dice, que Dios es nuestro padre. No permite que le demos otro título en nuestras oraciones; y así, sin toda aquella multiplicidad de protectores impotentes, con que la malicia del demonio habia engañado al mundo, nos muestra en el cielo un ojo constantemente fijo en nuestras necesidades, un corazon accesible á nuestras súplicas, y unas manos siempre abiertas para socorrernos. Dios es padre: esta cualidad nos basta; un padre siempre cuidará de la criatura que le debe la vida; él velará sobre nosotros, sobre nuestros hijos, sobre nuestros bienes, sobre nuestros dependientes. La flor más humilde de nuestros campos, que ni siquiera ha llamado nunca nuestra atencion, á él no le parece indigna de la suya, y cuidará de adornarla y embellecerla.

Desde que Jesucristo se dignó hacerse hermano nuestro, y distinguirnos como tales, nos hace participantes de su herencia, para darnos *en él, y por él* la seguridad, de que podemos pedirle cuanto nos sea necesario, y la certidumbre de que obtendremos lo que pidamos. Y para afianzar cuanto era dable nuestra confianza, quiso, que la criatura privilegiada, que él habia elegido por Madre, lo fuera tambien de nosotros, y la constituyó nuestra omnipotente mediadora. Con esta dignacion nos dispensó mayores beneficios, que los que el demonio, cuyas promesas son siempre falsas, se habia atrevido á ofrecer á sus adoradores. Sobre todo, con esta dignacion reconstruia la familia; dándola en el cielo un tipo y modelo, y devolvía su dignidad al culto doméstico. Y no contento con darle este modelo, queriendo honrarla todavía más, formaba de toda la familia cristiana una tribu santa, cuyos miembros, marcados con un sello especial, estuvieran consagrados á su servicio. En efecto, desde Jesucristo, la union de los esposos no es, como antiguamente, una asociacion casual, que, apenas formada, queda destruida; sino una mancomunidad de intereses y de afectos, un cambio de derechos y de deberes, una asociacion legitima en su origen, instituida por Dios, fundada en la

naturaleza, garantida por la sociedad, ratificada por los poderes humanos y regularizada por los príncipes; aún más; entre los cristianos es un sacramento permanente, que eleva á los esposos á la dignidad de personas sagradas, de ministros y representantes de un gran misterio cumplido *en Jesucristo y su Iglesia.* ¡Qué dignidad, hermanos míos! Ella es demasiado alta para el mundo, á quien pesa tanto, que quisiera sustraerse á ella por medio de ciertas distinciones, que echan por tierra la santidad del matrimonio. Pero por esfuerzos que hagan los cristianos, no lograrán jamás despojarse de esta gloria, y beberán, quieran que no, el cáliz de su grandeza; pues, ó su matrimonio es ilegítimo, ó es santo; ó su contrato es nulo, ó es un contrato sagrado; ó sus vínculos son culpables, ó han sido formados por Jesucristo y su Iglesia. La sociedad, si quiere, podrá intervenir en lo relativo á los intereses temporales; arreglarlos, como guste, protegerlos, garantizarlos; pero el vínculo del contrato es superior á sus alcances; Jesucristo se lo reservó en el Calvario, y le pone el sello en el cielo.

Si tan grande es la dignidad del matrimonio cristiano, no debe serlo ménos la de los hijos, que son el fruto de esta union. Marcados con la señal de la cruz al entrar en el mundo; acariciados por la más tierna de las madres, la Iglesia; santificados en nombre de la Trinidad sacrosanta; regenerados por la fe de Jesucristo; lavados en el agua y el Espíritu Santo; devueltos á la casa paterna en compañía de los santos, que han recibido por patronos; protegidos por los ángeles encargados de ser sus protectores; engendrados de nuevo, no segun la voluntad del hombre, sino segun la de Dios; ¿con qué respetuoso afecto no debemos mirarlos? ¡Qué ideas de santidad nos ofrecen esas inocentes criaturas! Al verlas, no dudamos que Jesucristo mora en ellas; que el corazon de esos inocentes es su templo, y su infancia una imágen de la del Salvador.

Añadid, en fin, que para un cristiano, los criados no son personas extrañas, sino que forman parte de la familia; que el amo, si no quiere, como dice el Apóstol, *negar la fe, y ser peor que los infieles*, debe tratar con cariño á sus domésticos, mirar por sus intereses, procurar su salvacion con sus exhortaciones, y todavía más con sus ejemplos; y os formareis una idea exacta de lo que es una casa verdaderamente cristiana. El apóstol San Juan la llama *una iglesia*; y San Agustín no ha tenido reparo en afirmar, que el padre de familias, que cumple con su obligacion, con sus instrucciones, exhortaciones, reprensiones, promesas, y ejemplos; con una autoridad bienhechora, y que castiga con mansedumbre; no solo ejerce un mi-

nisterio eclesiástico, sino, en cierto modo, episcopal. IN JOAN. LI, 15.

¡Dichosas las familias de esta suerte gobernadas, y cuyo jefe, como dice el mismo San Agustín, SER. 94 alias 51 de *sanctis*, más bien que padre y señor, parece un obispo! ¡Dichosos tiempos aquellos en que cada casa parecía un templo! El padre, imagen del mismo Dios, representante de su poder, ministro de su providencia y de su bondad, era el sacerdote: la madre, con su intercesión tan poderosa, que es siempre escuchada, reinaba allí como reina en el cielo la Virgen Santísima; los hijos, con su inocencia, recordaban la infancia del Salvador; y los criados, con su obediencia y respeto, se esforzaban en imitar la sumisión de los ángeles. En los días consagrados á Dios, los individuos de esta piadosa familia tributaban á Dios, en unión con los demás, culto público; pero todos los días, en su oratorio doméstico, se reunían para ofrecerle la oración privada. Todas las casas tenían este oratorio, testigo de sus votos, depositario de sus deseos, eco de sus peticiones, teatro de sus acciones de gracias, y confidente de sus alegrías y de sus lágrimas. Allí, al dar la señal el padre de familia, depositario del sacerdocio primitivo, la madre, ó bien el hijo que se distinguiría por su inocencia ó su piedad, daba principio á la oración. El Padre nuestro, la Salutación angélica, la profesión de la fe, la confesión de los pecados, las súplicas por la conversión de los pecadores, por la salud de los enfermos, el consuelo de los afligidos, y el alivio de las almas del purgatorio; ved ahí lo que pronunciaban sus labios, lo que deseaban todos los corazones.

¡Ay! el culto doméstico ha desaparecido casi por completo de vuestras casas, y con él ha desaparecido también la familia. Es verdad, que los individuos de ella viven juntos, descansan bajo el mismo techo, se sientan en la misma mesa; pero Dios no está con ellos; no viven unidos sino por vínculos que les son odiosos; sus almas quedan separadas, porque han desaparecido la fe, la esperanza y la caridad cristianas, que las mantenían unidas. Las personas de posición buscan fuera de la familia las distracciones y goces, que en ella no encuentran; pero el pobre, el que vive de su trabajo y se ve precisado á vivir en su casa, ¿dónde las hallará? ¿Qué le ofreceis en cambio de ellas? Si le ofreceis los puros goces de familia, que vosotros no habéis sabido conservar, esos placeres domésticos, los que más satisfecho dejan el corazón; ¿cómo le dispensareis de dar gracias á Dios, de ofrecerle sus homenajes, y expresarle su agradecimiento?

¡Pluguiera á Dios, autor de la familia, principio y fin de las dulces relaciones que ella engendra, hallase cada vez un culto más fervoroso en la fidelidad de esos esposos, de esos hijos, de esos padres, de

esos hermanos, de esos amos, de esos criados, que les indujera á emplear en el servicio y gloria del Señor las afecciones y los beneficios, que, sucediéndose de continuo, llenan de júbilo su corazón y embellecen su vida! ¡Pluguiera á Dios, que, á imitación de Tobías y Sara, los esposos se postrasen en su presencia, y recordásen, que más que á sí mismos, pertenecen á él: que los padres, á imitación de la primera mujer, al recibir un nuevo hijo, lo ofrecieran al Creador, que se lo ha dado, y se lo devolvieran en acción de gracias: que, á imitación de Abraham, cuando Dios se lo arrebató por la muerte, manifestásen, con su sumisión, que reconocen en él el derecho de apoderarse de nuevo de lo que nos ha dado, por lo mismo que es dueño de todo: que á imitación de Isaac, de Jacob y de los doce primeros patriarcas, los hijos se inclináran respetuosamente para recibir la bendición, que, con mano trémula, les da el padre, de quien han recibido el nombre y la vida para transmitirlos á otros: que los hermanos y hermanas, no con celos, sino con una emulación piadosa, entonáran juntos cánticos para celebrar la gloria del Señor: que los criados, al principio y al fin del día, se excitáran, con una fervorosa oración, á cumplir su deber con mayor exactitud; y, en fin, que todos, cualquiera que sea su rango y posición social, lo mismo en los palacios, que en las cabañas, cuando experimentan una alegría, un placer, un dolor común, unieran sus corazones y sus voces para elevar juntos al cielo las voces de sus santos afectos; pero, sobre todo, que además de este culto particular, se tributase á Dios uno que los reasumiese todos al principio y al fin del día, en las circunstancias extraordinarias, en los días de amargas pruebas ó de consue- los comunes, de dulces esperanzas y de tiernos recuerdos. Quisiéramos que el padre, al frente de los suyos, presidié- ra todos los homenajes; y que las necesidades del padre, de la madre, de los hermanos, de los domésticos, fueran presentadas al que, siendo nuestro Padre, se dignó hacerse nuestro hermano, que nos ha dado una Madre, y ha querido ser nuestro servidor.

¡Qué dicha sería la nuestra, si viésemos restablecidas esas costumbres, tan comunes en otro tiempo, y de las cuales apenas nos quedan algunos vestigios! Al visitar vuestras casas nos contrista la absoluta ausencia de los venerables señales, que son otros tantos testimonios de nuestra fe, apoyos de nuestra esperanza, é incentivos de la caridad. El demonio, bajo la forma de alguna de las falsas divinidades, cuyo imperio vino á destruir Jesucristo; el retrato de algún pariente ó amigo; la reproducción de algún hecho histórico ó fabuloso; la imagen de algún personaje ilustre; ved lo que casi siem-

pre hiere nuestros ojos; y á veces debemos cerrarlos para no ver ciertas representaciones ménos indiferentes. Las imágenes de Jesu-
cristo, de la Virgen Santísima, de vuestro santo patron, la repre-
sentacion de alguno de nuestros misterios, la reproduccion de los
principales pasos de la vida del Salvador, los buscamos en vano en
vuestras habitaciones; nuestros ojos no aciertan á descubrirlas en
ellas. Sin embargo, estas divinidades caidas, cuyo culto parece tra-
tats de restablecer en vuestras casas, despues de haber sido destrui-
dos sus templos; estos héroes, cuya gloria no pudo impedir que fue-
sen víctimas de la muerte; estos parientes, que no habeis podido
conservar; todos estos hombres, de los cuales no os queda más que
el retrato, ¿qué hicieron por nosotros? Y el Salvador, por el contra-
rio, ¿qué más podía hacer por nuestra felicidad? ¿Descendieron esos
hombres del cielo para que vosotros pudierais subir allí? ¿Ha habido
entre ellos alguno, que, por amor vuestro, se haya hecho niño, os
haya lavado con sus lágrimas, purificado con su sangre, y muerto
por salvaros? ¿quién, entre ellos, os ha consolado en vuestras penas,
levantado en vuestras caidas, sostenido en vuestras pruebas, consola-
do en vuestros dolores?

Sed, pues, solícitos en adornar las paredes de vuestras habitacio-
nes, más bien que con los retratos de esos hombres, con imágenes
de santos. Enseñad á vuestros hijos á amar á Dios, á invocarle; y
ofreced á su vista estas imágenes, para que den fuerza á vuestras
exhortaciones, y dulcifiquen vuestras reprensiones. Sobre todo, no
descuideis de fijar vuestra vista en la imagen de la Virgen Santísima,
y en la de Jesús crucificado, para no olvidar sus bondades, su caridad
y su muerte. Tened colocadas esas imágenes cerca de vuestra cama,
para que sean el primer objeto que se ofrezca á vuestras miradas al
empezar el dia, y el último cuando vais á entregaros al descanso;
estrechadlas contra vuestro pecho; y sean ellas vuestros consejeros y
vuestro refugio todos los dias de vuestra vida; para que vuestros
hijos, despues de vuestra muerte, reunidos para orar delante de
ellos, encuentren, con el eco de las últimas exhortaciones de sus pa-
dres, señales de sus últimas lágrimas, y un recuerdo de su último
suspiro, comenzado en la tierra, y acabado en el cielo. Así sea.

CULTO PÚBLICO.

IV.

Dominum Deum tuum adorabis.

Adorarás al Señor Dios tuyo.

(*Math. iv, 10.*)

«¡Oh Señor, soberano dueño nuestro, exclamaba el real profeta,
¿cuán admirable es tu nombre en toda la redondez de la tierra!»
El nombre de Dios es su gloria: nosotros no podemos separar estas
dos cosas; y cuando pronunciamos, cual conviene, el nombre de
Dios, le glorificamos. El nombre de Dios es admirado, conocido y
bendecido en todas partes, rodeado de universales homenajes, y ado-
rado, no solo por los individuos, si que tambien por las familias y
por la sociedad; este nombre divino, cantado á la vez por todos los
corazones, honrado con iguales alabanzas en todos los lugares, salu-
dado con un mismo cántico, é invocado con el mismo amor en todos
los puntos del universo, es el culto social, en el cual halla Dios, acá
en la tierra, la perfeccion de su gloria, y el hombre el cumplimiento
perfecto de sus deberes.

Fácilmente se comprende, que la primera familia, de la cual des-
cienden todas las otras, no habiendo podido permanecer largo tiem-
po sola, formó bien presto otras familias, las cuales, desarrollándose
á su vez, se propagaron tambien y multiplicaron. Al multiplicarse
las familias, se acercaron unas á otras, ó más bien, se extendieron
las unas al lado de las otras, como las bellotas que caen de la encina
hacen germinar junto á ella otras encinas; la separacion vino más
tarde á causa de su prodigioso número. Es esta la que nosotros lla-
mamos sociedad natural, en cuyos principios no vemos más que á
Dios, que es su fundador; transmitiéndole por el canal de la tradi-
cion, y, á veces, por comunicaciones directas, que no percibimos,

los conocimientos indispensables, y sin los cuales no hubiera podido subsistir. Así es como los hombres, en aquella sociedad, adquirieron la noción de un Sér único, la promesa de un Libertador, el respeto que se debe á la vida del prójimo, protegida en la persona de Cain, por una garantía especial contra el horror que inspiraba su fratricidio, la dignidad de la sangre humana, sangre que deben respetar hasta los animales, el dogma de un origen comun, que, junto con la imposibilidad de sostenerse por sí solos, obligó á los hombres á mirarse como hermanos, y á auxiliarse los unos á los otros.

Mientras los hombres fueron poco numerosos, bastó la autoridad de los padres de familias para la direccion de esta sociedad natural; sin embargo, bien pronto tuvo que buscar un apoyo más fuerte; y este fué el origen de la sociedad civil, formada de la reunion de las sociedades domésticas, no por eleccion, ni por capricho, sino por necesidad, y porque no se podía prescindir de ella. Con efecto, bien así como los miembros de una familia no hubieran permanecido unidos, si la autoridad del padre no hubiese sido un vínculo bastante fuerte para ponerlos de acuerdo; no de otro modo, las diferentes familias, cuyos intereses no podían dejar á veces de ser opuestos, y que gozaban de la misma independenciam, y estaban dispuestos á defenderla con igual ardor, se hubieran separado unas de otras, y tal vez destruido mutuamente, si una fuerza superior no las hubiese contenido. Los más perversos hubieran devorado á los buenos, y los hombres se habrían visto reducidos á la condicion de los peces del mar, ó de los reptiles, que no tienen quien les defiendan. Abraham no riñe con Lot; pero en obsequio de la paz, tiene que abandonar el terreno que á éste le plugo escoger. Jacob aplaca á su hermano Esaú; pero ha comprado la paz con su sumision y regalos, y se apresura á ponerla en salvo, separándose de él. Lo mismo se hubiera verificado siempre, si, prescindiendo de la necesidad, que nos obliga á vivir en sociedad, Dios no hubiese dado al corazon del hombre, desde el principio, y para la época en que el brazo del padre no habria sido bastante fuerte para contener á todos, esa tendencia invencible, que conduce á las diferentes familias á fundirse en una familia más general, y á reconocer una autoridad superior á todas ellas, y semejante en muchos puntos á la autoridad paterna, designada por mucho tiempo con el mismo nombre, investida de los mismos derechos, y que puede exigir los mismos servicios.

Cómo se habia formado la sociedad natural, formóse, á su vez, la sociedad civil; pero, ¿quién no ve que, en definitiva, Dios es el autor de la una, y de la otra? Dios es quien multiplica las familias; Dios es

quien da los hijos á los padres; Dios es quien inclina á los hombres á reunirse, y hace depender de esta union difícil y hasta imposible, si no fuese necesaria, y por esto de institucion divina, su desarrollo y su vida. Es Dios quien hace tiendan hácia ella todos los intereses y todas las voluntades; quien triunfa de todas las resistencias; y quien, sobre todo, reviste á los jefes de esas familias reunidas, de los derechos paternos, y exige que como á tales se les preste obediencia. Ahora bien: si Dios es el autor de la sociedad civil, tambien ésta debe tributarle culto; y por lo mismo, el culto público es absolutamente necesario. Esto es lo que vamos á demostrar, despues de pedir los auxilios necesarios. A. M.

1. No podemos dudar, que Dios, al formar la sociedad y marcarla con su sello, no la haya impuesto la obligacion de tributarle culto. Ninguna necesidad tenemos de examinar de que modo se la impuso. ¿Lo ha hecho por medio de ese invencible impulso dado por él al corazon del hombre, que le obliga á dirigirse á su Criador; ó por esa tendencia que nos arrastra á reunirnos; ó por ese movimiento, que nos induce á pedir de consuno las gracias que nos son indispensables? ¿La gratitud comun le habrá parecido bastante fuerte, para inclinar á los hombres á aceptar juntos un culto, que nuestros primeros padres les habian transmitido, sin que por su autoridad propia le haya reglamentado y tomado con gusto bajo su proteccion? Nosotros creemos, que Dios habia enseñado al primer hombre la forma de culto público, y que le habia impuesto sus leyes, especialmente las leyes del sacrificio, que forma su parte principal. Todo nos induce á creer, que esta primera organizacion ha sido obra suya; principalmente cuando se medita con atencion, que él ha reunido para uso del pueblo Judío los elementos esparcidos, que el olvido de las tradiciones primitivas, las olas siempre crecientes de la supersticion, amenazaban sepultar.

Sea como quiera, este culto ha existido; ha tenido sus ceremonias, sus ritos, sus expiaciones, sus sacrificios, los mismos que encontramos en la cuna de todos los pueblos; prueba manifiesta de su origen comun, que no se explica sin una intervencion divina. Fué este culto el que suavizó el destierro de Adan, arrojado del paraíso terrestre; fué este culto el que sostuvo á Eva cuando lloraba su desobediencia; por haberse conformado á las prescripciones de este culto, Abel tuvo la dicha de ver que sus ofrendas eran favorablemente aceptadas; y por haberlas descuidado, Cain vió rechazadas las suyas. La fidelidad á este culto es la que distinguió á Enos, la que dirigió á

Enoch para que caminase en presencia del Señor, y la que le valió el testimonio de haber agradado á Dios. Fué tambien este culto el que llenó de consuelo á Noé, y lo dispuso para consolar, á su vez, á los demás. Fué este culto el que distinguió á los hijos de Dios, de los hijos de los hombres; el que atrajo sobre Seth la bendicion; y al soplo de este culto las tiendas de Jafet se dilataron. De este modo, por una sucesion no interrumpida, este culto ha dado á Dios verdaderos adoradores, hasta la hora en que por el exceso de la malicia de los hombres, iba á desaparecer del todo, ó, cuando ménos, á hacerse ridiculo por los cambios que le desfiguraban y deshonoraban todos los dias, si Dios no hubiese elegido un pueblo encargado de conservar el depósito, y transmitirlo á las generaciones futuras.

No pidamos, pues, si ha habido un culto en el mundo, puesto que su desgracia consistió en prodigarlo, en prostituir su adoracion en detrimento de Aquel á quien solo es debido. Cuando Dios hubo puesto á cubierto el culto primitivo como una semilla oculta en la tierra, destinado á aparecer cuando fuese llegada la hora; permitió que los hombres se extraviasen cada vez más, para mostrarnos nuestra debilidad, ó para que se desease más la venida del Libertador. Entonces el error llegó á colocarse sobre los altares, pero no fué tan insensato que tratase de destruirlos. Por el contrario, el universo entero no fué más que un vasto altar, en el que el demonio recibía los homenajes que solo son debidos á Dios. Este nombre incomunicable de Dios, fué dado á toda la naturaleza; hasta los hombres muertos lo recibieron; los metales, la madera, la piedra lo compartian con él; en el cielo y en la tierra se daba el nombre de Dios á todas las cosas, y se les tributaba honores divinos, á excepcion del Dios verdadero. Cuando el Dios verdadero, que adoraba el pueblo judío, se contentaba con un templo, esos *dioses de las naciones*, ó más bien, *esos demonios*, como los llama la Escritura, no tenian nunca bastantes templos para engañar más fácilmente á sus adoradores. Cada ciudad, cada pueblo tenia sus edificios consagrados á esos espíritus de tinieblas, sus sacerdotes, sus fiestas, sus cánticos y sus ceremonias. No se contentaban con los sacrificios ordinarios; llegaban á exigir víctimas humanas, y en ninguna parte les fueron negadas. No parecia sino que una voz más fuerte que el grito de la naturaleza invitaba los pueblos á practicar esos ritos sangrientos. Las imaginaciones más monstruosas estaban seguras de ser recibidas con más favor, porque se creia que con esos honores se servia mejor á los demonios, y se acababa de perfeccionar su culto.

Miéntas que el demonio multiplicaba el número de sus víctimas

junto con el de sus desgraciados adoradores, Dios iba desenvolviendo en su pueblo el culto primitivo; á los ritos antiguos añadía nuevas ceremonias, que recordaban lo pasado, y anunciaban lo porvenir. Institua un sacerdocio distinto y más augusto que el sacerdocio doméstico; ordenaba los sacrificios, escogía las víctimas, señalaba las ceremonias, inspiraba cánticos, señalaba la forma de los ornamentos para los sacerdotes, y ordenaba todo lo concerniente al servicio público. Hasta puede decirse, que la historia de todos los pasos de este pueblo bendito eran como otras tantas manifestaciones de su culto; ora, porque Dios era quien ordenaba las circunstancias principales de esas manifestaciones; ora, porque la religion consagraba sus recuerdos; ya, porque recordaban antiguas maravillas; ya, tambien, porque anunciaban otras aún más extraordinarias. Así es, que el culto, ó legítimo, ó adulterado, no ha faltado nunca en el mundo; y el demonio mismo, disputando á Dios sus honores, prueba, que ese culto se debe de derecho al Señor.

Si ha existido siempre el culto, debemos decir, que es necesario. «Lo que siempre ha sido recibido en la Iglesia, dice muy bien Vicente de Lerin, lo que en todos tiempos se ha creído, lo que se ha adoptado en todos los lugares, ha de ser reconocido por católico, esto es, universal.» (*Commont. 2.*) Del mismo modo, lo que el mundo nos presenta en todas las épocas, lo que la sociedad ha conservado en todos los lugares, lo que se encuentra do quiera haya seres racionales, lo que ha precedido á la formacion de todos los pueblos, lo que la civilizacion más adelantada no ha rechazado nunca, lo que vemos asociado á todos los goces del linaje humano, y se mezcla con todas sus lágrimas; eso viene, no del hombre, sino de un Sér más alto que él. La razon de la existencia de todo eso es la gloria de Dios, es la necesidad de que todas las criaturas contribuyan á dársela; lo mismo el hombre, que la familia, que la sociedad, que la tierra, que el cielo, y hasta que el infierno. Escuchad al Salmista: «Alabad al Señor, naciones todas: pueblos todos cantad sus alabanzas.» *Laudate Dominum omnes gentes: laudate eum omnes populi.* Ps. CVI, 4. «Tributad al Señor la gloria y el honor: dadle la gloria debida á su nombre: adorad al Señor en el atrio de su santuario:» *Afferte Domino gloriam et honorem, afferte Domino gloriam nomini ejus: adorete Dominum in atrio sancto ejus.* PSALM. XXVIII, 2.

2. Con eso nos demuestra, cuán obligatorio es el culto, porque el Señor no separa su gloria del deber de honrarle en su santuario. Sin embargo, algunos quisieran desterrar todo culto externo, por-

que, dicen, á los ojos de Dios, el hombre es el templo más magnífico; su corazón, el altar en que debe quemar el incienso de su reconocimiento, y ofrecerle el sacrificio de su amor; y creen que este culto es el solo que Dios pide. ¡Necios, que se atreven á limitar el culto de Dios, y no advierten, que ese mismo culto con que presumen se daría él por contento, duraría muy poco tiempo sin el apoyo del culto público! Hace diez y ocho siglos, que el Evangelio derrama torrentes de luz; y á pesar del vigoroso temperamento cristiano, más fuerte que todo lo que se ha podido inventar para destruirlo; á pesar de las lecciones que se dan á la infancia; á pesar de tantas verdades que se han connaturalizado con nuestra razón por la costumbre ó por los monumentos públicos de nuestra fe, á la sombra de nuestras iglesias y á los ojos del sacerdocio; todos los días experimentamos lo que son los pueblos cuando por algún tiempo deja de anunciárseles estas verdades, cuando no se les recuerdan con alguna imagen sensible, y cuando la magestad de nuestros dogmas no se les manifiesta con la pompa de las ceremonias. ¿Qué sería si faltaba todo culto externo? Los pobres, los ignorantes, la masa del pueblo, cuya única enseñanza es ese culto público, inclinados hácia la tierra, no pensarían más en Dios, no elevarían sus ojos al cielo, quedarían abandonados á su propia ignorancia. Ahora, el sonido de la campana que los llama á la oración, los sacramentos que se administran á los enfermos, las ceremonias de los funerales, las bendiciones que se invocan sobre los esposos, el bautismo de los niños, el aparato con que por la primera vez se les admite al banquete de los ángeles, las fiestas de nuestros misterios, los atractivos de la cuna del Salvador, las reprehensiones que nos dirige su cruz, los gozes de su resurrección, las flores y perfumes que se derraman donde pasa en triunfo la santa Eucaristía, la fiesta del Patron; todas esas pompas, esas ceremonias, esos transportes de las almas piadosas, esa calma de la inocencia, esas lágrimas del arrepentimiento, esa emoción de un pueblo entero, que canta las mismas alabanzas á impulso de un mismo amor; todo eso, son instrucciones, exhortaciones, que no pueden quedar estériles por mucho tiempo. Quitad al pueblo esa predicación incesante, que no le permite olvidarse de Dios; quitadle ese clamor universal del culto público, más fuerte que la voz de sus conveniencias; y vereis que salva todas las barreras, y que es necesario inventar nuevos expedientes para contenerle.

Además; sucede en el culto lo mismo que en la piedad: si tiene las promesas de la vida futura, no le faltan las de la vida presente. Conoced, pues, de una vez á vuestros verdaderos amigos. Por cierto

no merecen este nombre, los que por sacar todas las conclusiones impías de una religión abstracta, y que, en la práctica, no oponen un obstáculo á las pasiones, tratan de arrebatarnos el más precioso de los consuelos que nos quedan. Que los hombres ricos, cuyas distracciones engañan su apetito, nunca saciado; que los pueblos, satisfechos con pan y toros, no deseen nada más; no se lo envidiamos: mas para nosotros, la tierra no es tan brillante, que no tengamos necesidad de los bienes del cielo. Dejados, pues, la satisfacción de nuestras solemnidades cristianas, nuestras reuniones y nuestros cánticos; nuestras procesiones y nuestras fiestas; dejados las doctrinas que nos ennoblecen, las esperanzas que nos sostienen, los aromas que calman nuestros dolores, los cánticos que suavizan nuestras penas; dejad á una madre desolada la imagen siempre consoladora de *Aquella á quien todas las generaciones llamarán bienaventurada*; dejad á los pobres el asilo del Pesebre, y á los afligidos el consuelo del Calvario; dejad á todos los que trabajan, á todos los que padecen, á todos los que lloran, una sonrisa para sus lágrimas, un descanso para sus fatigas, un alivio para sus penas; dejad al viajero el recuerdo de las campanas de su pueblo, al huérfano la cruz protectora del sepulcro de sus padres, y al soldado, que combate por su patria, el apoyo de sus oraciones.

«¡Oh Señor!» una raza impía te ha zaherido, y un pueblo insensato ha blasfemado tu Nombre: no entregues en poder de esas fieras, de esas doctrinas disolventes, las almas que te confiesan y adoran;— ó al ménos— no olvides para siempre las almas de tus pobres: el humilde, el pobre y el desvalido no tenga que retirarse del santuario cubierto de confusión.» Los pobres quieren alabarte, y el indigente está resuelto á bendecirte. *Inimicus impropavit Domino: et populus impiens incitavit nomen tuum. Ne tradas bestiis animas confitentes tibi; et animas pauperum tuorum ne obliviscaris in finem; ne avertatur humilis factus confusus, pauper et inops laudabunt nomen tuum.* (PSALM. LXXIII, 18, 19, 21.)

¡Felices todos los que, despues de haber conocido á Dios en su humildad, lo reconocerán en su grandeza; y que fieles á su pobreza en el tiempo, lo encontrarán fiel en sus recompensas en la eternidad! Así sea.